

ÍNDICE

Prólogo.....	7
Primera Parte. ECOTEOLÓGÍA: HACIA EL CUIDADO DE LA DIVERSIDAD DE LA CASA COMÚN.....	15
1. Hacia una ecoteología desde <i>Laudato Si'</i>	16
1.1. Descripción general de la situación ambiental y respuesta del mundo.....	16
1.2. Problemas enunciados en <i>Laudato Si'</i> (LS) respecto a la situación del ambiente y su relación con la realidad	18
1.3. El concepto de ecología	28
1.4. Metodología en el estudio ecoteológico	37
1.5. Trayectoria de la preocupación por el ambiente desde el punto de vista eclesial.....	39
1.6. La Ecología Integral	46
2. Significado teológico de la conversión ecológica.....	58
2.1. La conversión pastoral	58
2.2. De la conversión pastoral según <i>Evangelium Gaudium</i> a la conversión ecológica en <i>Laudato Si'</i>	61
3. Análisis del concepto creación	62
3.1. El relato de la creación en el libro del Génesis.....	63
3.2. La creación como Casa común.....	65
3.3. Dios y la creación	67
4. Hacia una cultura del cuidado.....	85
5. La Cultura del descarte, el poder y el consumo	91
6. La conversión ecológica en <i>Laudato Si'</i>	93
6.1. El concepto de conversión ecológica y la necesidad de la toma de conciencia del cuidado de la Tierra.....	95

6.2. Conciencia y ciudadanía ecológica	96
6.3. Propósito de cambio en los estilos de vida y un nuevo modelo de desarrollo	98
6.4. Renovación de la Alianza y ejercicio de la vida nueva.....	101
7. Evangelización y cuidado de la Casa Común.....	102
7.1. La evangelización y la conversión ecológica	102
7.2. Renovación teológica del proceso evangelizador en la categoría de la ecología integral.....	107
7.3. Espiritualidad ecológica.....	117
7.4. Renovación en la celebración de los sacramentos.....	137
Segunda Parte. EL CUIDADO DE LOS UNOS A LOS OTROS: ESPIRITUALIDAD PARA UNA CULTURA DEL ENCUENTRO Y LA FRATERNIDAD	
8. Algunos contenidos teológicos para la acogida de la diversidad y la salida al encuentro del otro.....	142
8.1. Dios es amor, relación y relacional	142
8.2. Dios Padre sale al encuentro por medio del Hijo y del Espíritu Santo	145
8.3. Jesucristo: camino, verdad y vida ofrecida a todos.....	150
8.4. Una tarea pendiente: La necesaria acentuación pneumatológica para la renovación eclesial y la apertura al otro	153
9. La problemática de la identidad latinoamericana y el reconocimiento del otro	156
10. La diversidad religiosa y cultural en América Latina. Sueños de fraternidad para una vida buena	164
10.1. La religiosidad popular y las categorías de encuentro y relación.....	164
10.2. La teología india latinoamericana	172
10.3. La teología pastoral de los obispos latinoamericanos y el diálogo interreligioso	178
10.4. La acentuación latinoamericana en el discipulado y la fraternidad como categorías fundamentales para el diálogo con el diverso religioso	180
11. La diversidad cristiana y el ejercicio de la fraternidad con acentuación en la espiritualidad	184
12. El sueño de una cultura del encuentro y del cuidado de los unos y los otros.....	191
Bibliografía.....	199

PRÓLOGO

DIOS Y DIVERSIDAD¹

Alabamos y bendecimos a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios de la vida y de la vida buena. Lo alabamos por la maravilla de la diversidad y riqueza de todas sus creaturas, por la diversidad de culturas y búsquedas humanas en que se despliega el vivir.

EL LIBRO QUE TIENE en sus manos aborda temáticas que, en la actualidad, cobran mucho interés: La ecoteología, la cultura del encuentro y del cuidado de los unos a los otros. Pensamos que este interés está relacionado con la conciencia creciente que tenemos de pensar el vínculo entre la teología y la maravillosa diversidad. Ciertamente, hay muchas otras categorías y materias teológicas que abordan el tema de la diversidad en sus distintas posibilidades y ámbitos. Pero en esta obra nos centramos en las ya mencionadas, inspirados en las interpelaciones que nos hace el Papa Francisco y con el deseo de que el tema se siga profundizando con otros estudios.

La sabiduría cristiana, acogiendo los misterios de la Santísima Trinidad, la Creación, la Encarnación, la Redención y la Consumación, ha ido pensando y albergando la realidad diversa. Igualmente, ha aportado distintas expresiones conceptuales que han servido para enriquecer el pensamiento y la cultura cristiana, tales como: gracia, relación, don, comunión, comunicación, gratuidad, persona, naturaleza, etc. Estas y otras categorías han expresado la conciencia del cristiano de que su vivir es vinculado; el cristiano asume la propia vida, la de los demás y la de cuanto existe como un don. Nos

¹ Este libro es fruto de las investigaciones realizadas por el Pbro. Pedro Gómez en el Centro Bíblico Teológico Pastoral del Consejo Episcopal Latinoamericano, Colombia, y el Dr. Patricio Merino (ORCID 0001-5141-1887), en la Universidad Católica de la Santísima Concepción, Chile, proyecto DIREG 07/2020. También, recoge otros trabajos, renovados, que han realizado los autores sobre esta misma temática.

comprendemos como una existencia relacional, invitados a vivir en relación con Dios, con los demás, con cuanto existe y con la alteridad. Entendemos nuestra vida y libertad vinculadas con las categorías de don, gratuidad, alteridad y relacionalidad, con la experiencia de un sí mismo vinculado; como existentes para el encuentro y el cuidado de los unos a los otros, para una existencia vivida como don, en comunión y fraternidad abierta.

“Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor” (1 Jn 4,8).

Dios es en sí mismo unidad, comunión y relación, diversidad de personas en una unidad divina. Un solo Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios es amor. La fe en Dios, Uno y Trino, expresa que existimos en modo vinculado y relacionalmente. Es decir, no vivimos la vida en soledad desamparada y sin sentido, sino que estamos vitalmente relacionados con Dios, que ama a todas sus creaturas. A partir de este vínculo primordial, estamos, de igual manera, vinculados con todas las creaturas, con los otros creyentes y con los no creyentes. La misma comunidad cristiana, al expresar su fe, no solo dice “creo”, sino “creemos” e invitamos a todos a creer en Él, Dios de la vida plena y buena que ha salido a nuestro encuentro, creándonos, elevándonos a la condición de hijos en el Hijo (redención) e invitándonos a una consumación de plenitud de vida con Él (salvación).

Esta fe en Dios la expresamos no teóricamente, sino que desde una experiencia vital creyente: cuando hacemos la señal de la cruz decimos en el *“nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”*. Cuando fuimos bautizados se hizo, igualmente, en el *“nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”* (ver: Mt 28,19) y al reunirnos como comunidad creyente adoramos e invocamos a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo (ver: 2Co 13,13). El cristiano vive y celebra su vida ante y desde Dios.

Si bien es cierto que la razón y la conciencia humana pueden abrirse a reconocer la existencia de Dios y a creer en Él a partir de cuanto existe (revelación natural), la fe nos evidencia que Dios ha querido mostrarse a sí mismo saliendo a nuestro encuentro por medio de palabras y acciones que nos interpelan (revelación sobrenatural). Por eso, el creer en Él señala no tanto que nosotros lo buscamos a Él, ni sospechosamente implica una posible proyección o invención humana, sino que realmente Él ha salido a nuestro encuentro y se nos ha manifestado invitándonos a tener una

relación con Él. De este modo, afirmamos que Él ha revelado su rostro, permitiéndonos afirmar una historia de la salvación, de alianza y encuentro. Desde esta maravillosa experiencia, reconocemos que en la Sagrada Escritura encontramos su manifestación y nutrimos nuestra fe. Pero también, respetuosamente aceptamos que, puesto que Él es Dios y nosotros limitados, Él siempre permanece Misterio. No porque no podamos decir nada de Él con verdad, sino porque su ser y riqueza desborda siempre nuestra comprensión. Él mismo es amor desbordante. De ahí que se nos advierta que no debemos tomar el nombre de Dios en vano (ver: Dt 5,11).

Dios ha manifestado su rostro y su ser, a fin de que lo podamos encontrar e invocar. Los cristianos cuando hablamos de economía de salvación o historia de la salvación lo que decimos es que Él se ha dejado encontrar y nos ha invitado a vincularnos con Él para tener vida plena (ver: Dt 6,24; Jn 10,10). En su creación y en sus acciones por nosotros, lo podemos invocar y conocer como el Dios creador (ver: Sb 13,1-9; Rm 1,19-23); como Padre y Madre de todos (Os 11,1-4; Is 49, 14-15); también como el Dios Uno y Único (ver: Is 44,6-8 y 24-25). En su relación con los patriarcas, reconocemos a Abraham como el Padre de la fe (ver: Gn 12,1-3; Heb 11,1-3 y 8-10); en su alianza con Israel, lo reconocemos como “Dios nuestro” y conocemos su “nombre” (ver: Éx 3,3-12 y 19,3-8).

No obstante, los profetas nos advirtieron de manera admirable que Él se manifestaría de modo pleno al final de los tiempos (Ver: Jr 31,31-34; Is 49,1-13; Jl 3,1-5), suscitando la esperanza y la espera de una manifestación aún mayor de su presencia, como un acontecimiento aún más íntimo. Los cristianos reconocemos en el envío del Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y en el Espíritu Santo el acontecimiento definitivo donde Dios nos ha revelado su identidad y rostro de manera plena y definitiva (ver: Heb 1,1-4; Gál 4,4-6). Así, nuestra fe en Dios se fundamenta de manera vinculante en la experiencia de Dios que nos revela Jesús y el Espíritu Santo.

Jesús llamaba a Dios *Abbá* (Papá; ver: Mc 14,36) y vivía como verdadero Hijo del Padre. Quien se encuentra y relaciona con Jesús, encuentra y ve al Padre (ver: Jn 14,1-11). A partir de esta experiencia vital con y desde Jesús, los discípulos reconocieron y vieron que Jesús era verdaderamente de Dios y él mismo Dios hecho hombre (Verbo-Hijo encarnado), es decir, de su misma naturaleza; por eso, lo reconocieron como Hijo y Señor (ver: Jn 9,35-38; 20,26-29; Flp 2,5-11). Pero, a su vez, el mismo Jesús y sus

discípulos mostraron que para acceder a la identidad plena de Dios y de Jesús se requiere la presencia y acción del Espíritu Santo (ver: 1 Co 12,1-3; Jn 14,26; Hch 2,1-4).

El Espíritu Santo es Señor y dador de vida. Si, por una parte, no podemos ver-acceder al misterio de Dios sin el encuentro con Jesús, Hijo-Señor, y sin la acción del Espíritu Santo, por otra parte, el encuentro y relación con Jesús y el Espíritu permiten ver-reconocer el misterio inefable de lo que llamamos Santísima Trinidad. Es decir, Dios siendo Uno y Único es Padre, Hijo y Espíritu Santo (Trinidad, ver: Mt 28,19-20).

Dios mismo es en sí auto-donación de personas divinas, pero sin, por eso, ser tres dioses. A esto, la comprensión cristiana le ha llamado *Trinidad* de *Personas* (Padre, Hijo y Espíritu Santo) en una única *Naturaleza* divina (Un solo Dios). He ahí una maravillosa verdad revelada que supera nuestra limitada comprensión; por eso, decimos que es un Misterio.

Dios en sí mismo es, por tanto, relación. Por eso, Juan nos testimonió para siempre que Dios es Amor (ver: 1 Jn 4,7-16).

Desde entonces, la principal actitud cristiana es la de adoración agradecida. Es en el culto y la celebración cristiana (en todos los sacramentos, pero principalmente en el Bautismo y la Eucaristía) y en la vivencia comunitaria de la Iglesia (Pueblo de Dios en comunión de los distintos hombres y mujeres entre sí y de los hombres y mujeres con Dios) donde este misterio de Dios trinitario se manifiesta de manera privilegiada.

Desde la riqueza de su ser divino, nace por su acto creador libre y amoroso una diversidad de seres, ecosistemas y relaciones complejas, hermosamente interconectadas. Todas estas creaturas manifiestan en su belleza, verdad y bondad su participación en el ser mismo de Dios, fuente de toda belleza, bondad y verdad. Por tanto, la filosofía y las demás ciencias, si están abiertas a la trascendencia y no caen en un reduccionismo epistemológico y metodológico, pueden ser un camino o vía para encontrarse con Dios. Esta es la convicción cristiana que nos habla de un camino racional hacia Dios por medio de todo lo creado (ver: Sab 13,1-9; Rom 1,19-20). A su vez, la fe del creyente puede vociferar la presencia de Dios en la diversidad de lo creado, alabando a su creador y prestando su voz para que todas las creaturas lo alaben: “*¡Todas las obras del Señor; bendigan al Señor, aclámenlo y exántenlo por siempre!*” (Dn 3,57).

“Esto es lo que les mando, que se amen los unos a los otros” (Jn 15,17).

La diversidad y la riqueza de todo lo que existe, no sólo se expresa en una infinidad de creaturas, sino que, también, el ser humano en su ser imagen y semejanza de Dios, dotado con los dones de la inteligencia y la libertad, despliega su potencialidad en la construcción de diversas culturas, expresiones de vida y en la convivencia de un sin número de pueblos. Configurando con ello, una compleja y rica diversidad de manifestaciones humanas. El Concilio Vaticano II nos recordó que la intrínseca interrelación entre las diversas creaturas y culturas mantienen en Dios una unidad en su origen y en su destino. Porque Dios, Uno y Trino, crea y consume en la plenitud de vida. En Él se fundamenta la intrínseca dignidad humana (cf. *Gaudium et Spes* 24).

El misterio de Dios, Uno y Trino, se expresa en las categorías de unidad y comunión de personas divinas. Sin embargo, esta comunión de personas, a su vez, se basa en la alteridad y la relacionalidad. La diversidad de personas divinas no rompe la unidad esencial de la divinidad, pero la unidad requiere la alteridad o diversidad de personas. En este sentido, Dios creador y dador de vida de todo cuanto existe en su maravillosa diversidad y alteridad² hace que todo esté misteriosamente en su origen y existencia referido a Él; igualmente, que todo esté interrelacionado e interconectado³. Esta conciencia está actualmente en el corazón de los jóvenes y de muchas personas, de ahí que la fe pensada (teología) esté desarrollando con fuerza una ecoteología, una teología del encuentro y del cuidado de los unos a los otros.

La antropología cristiana nos muestra que toda persona es, en sí misma, relacional: relación con sí mismo (conciencia), relación con las demás personas (fraternidad-proximidad), con la naturaleza o todo lo creado (universo-cosmos-comunidad-sociedad) y, por supuesto, en vínculo relacional con su creador (religiosidad-fe). De aquí también la propuesta cristiana de la unidad en la diversidad de todo el género humano, de todos los pueblos y

² Al respecto, se puede ver el maravilloso tratado que recoge grandes teólogos de la patristica y actualidad: I. ZIZIOULAS, *Comunión y Alteridad. Persona e Iglesia*. Sígueme, Salamanca 2009.

³ Cf. F. CHICA – C. GRANADOS, (Editores). *Loado seas, mi Señor. Comentario a la encíclica Laudato si*. BAC, Madrid 2016.

culturas, en una apertura relacional y enriquecedora de los unos a los otros. Recientemente, el Papa Francisco nos ha insistido en la necesidad de construir una cultura del encuentro y la fraternidad Universal, como propuesta de un camino concreto para la paz, la justicia y la amistad universal⁴. El mismo Papa Francisco con anterioridad nos ha invitado a tomar conciencia de la necesidad del cuidado de la casa común⁵.

La teología, como fe pensada, pretende hablar de Dios y, desde Dios, pretende también ser un puente entre las diversas razonabilidades y la fe. Por eso, la teología antes que nada escucha la Palabra de Dios, la acoge. La fe requiere de la revelación que se plasma en la Palabra Escrita (Sagrada Escritura) y en la vida del Pueblo de Dios (Sagrada Tradición). Pero, también, esta Palabra se da en la historia creyente de nuestros pueblos y sus culturas. El teólogo que es parte del Pueblo de Dios, que se expresa en muchos pueblos, en un proceso de escucha⁶ y en actitud de discípulos, discierne la presencia de Dios en la vida de nuestros pueblos y culturas, y está llamado a discernir los signos de los tiempos.

La vida de nuestros pueblos latinoamericanos, en su diversidad natural y cultural, la reconocemos como bendiciones de Dios. El proceso de reconocimiento de estos dones en la multiplicidad de riquezas ha sido lento por parte de la teología. Pero hemos dado significativos pasos que hoy permiten reconocer una multiplicidad de formas de acoger y pensar estas bendiciones de Dios, dando visibilidad a las diversas teologías y espiritualidades presentes en nuestro gran continente: Teologías indias; Teologías andinas; Teologías feministas; Vitalogía (Teologías negras); Teologías campesinas; Teologías urbanas; Ecoteologías; Teologías pluralistas; Teología de la religiosidad popular; Teología del buen vivir; etc. Tras ellas, está la convicción de que el evangelio de Jesucristo se hace cultura y, por tanto, se manifiesta o expresa en una rica diversidad de maneras de vivir y pensar la fe. Todas ellas guardan un anhelo común que, en acentuaciones del Papa Francisco, podríamos calificar como la búsqueda de construir una cultura del encuentro y del cuidado de los unos a los otros.

⁴ Cf. FRANCISCO, *Encíclica Fratelli Tutti. Sobre la fraternidad y la amistad social*. Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2020.

⁵ Cf. FRANCISCO, *Encíclica Laudato si'. Sobre el cuidado de la casa común*. Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2015.

⁶ Por ejemplo, recientemente el acontecimiento de la primera asamblea eclesial de América Latina y El Caribe (2021) ha sido precedida por una gran etapa denominada: Escucha.

Concretamente, este libro aborda estas grandes áreas de desarrollo en los que la teología ha asumido la diversidad: El cuidado de la casa común, el cuidado de los unos a los otros y la cultura del encuentro. Esta última manifestada como la capacidad de salir al encuentro del otro, para, en una actitud de escucha, diálogo y discernimiento, construir puentes que permitan asumir juntos, los diversos actores creyentes y ciudadanos, los desafíos que se planteen en orden a buscar y construir el bien común, la paz social y la fraternidad.

Como hemos manifestado, lo hacemos con humildad, sencillez y sabiendo que no abordamos todos los aspectos y riquezas. Pero estamos esperanzados en que este libro despierte el deseo de profundizar en estos temas por parte del gran público, pudiendo acudir a otras obras que se están publicando y que abordan las mismas cuestiones de manera más específica y, quizá, desde otras perspectivas.